



Lo que cuesta una guerra moderna

Por el Teniente Coronel GARCIA ALMENTA
De Intendencia del Ejército del Aire.

¿Quién sería capaz de cifrar el costo de una guerra moderna? Sólo un don profético podría adivinarlo. Hemos visto en las dos últimas guerras cómo éstas, limitadas a dos partes beligerantes, terminaron multiplicándose, pasando de lo continental para convertirse en conflicto bélico mundial. Pues bien: lo mismo que una guerra se sabe dónde y cómo empieza, pero no dónde y cómo acaba, tampoco se puede cifrar "a posteriori" su costo, porque ni se estima todo lo destruido ni todo lo desaparecido es objeto de cálculo, y menos todavía pueden evaluarse en términos monetarios las llamadas "pérdidas invisibles" o de orden moral de la sociedad.

Si recogiéramos los datos publicados por la Banker Trust Company, de Nueva York,

los cálculos hechos por los técnicos alemanes y eminentes técnicos y economistas, como mister Keynes, Butler, Stamp y otros, nos formaríamos una idea de lo que costó la guerra de 1914-18, pero sin apreciar las pérdidas que por derivación después se produjeron. Y escogemos el ejemplo de esta guerra, por ser el que nos podría proporcionar conclusiones aplicables, en gran parte, a la guerra de 1939. Pero, francamente, no pretendemos dar cifras que sabemos serían tomadas con el natural escepticismo, aunque dijéramos que éstas habían sido calculadas por insignes economistas técnico-estadístico-financieros; estos cálculos, evidentemente, alcanzarían cifras astronómicas, que harían perder la idea de las cantidades, a semejanza de lo que nos ocurre

cuando queremos medir la velocidad de los electrones o las distancias planetarias. Sin embargo, si reflexionamos sobre la triste situación de la vida económica del mundo en la hora actual y observamos cómo la debilidad más evidente y dramática está presente en aquellas zonas en que el poder de destrucción física adquirió mayor realidad en la guerra pasada, todo ello nos reflejará una idea más concisa que lo que las astronómicas cifras nos pueden mostrar. Campos de batalla alucinantes de barro y cráteres; zonas arrasadas por los bombardeos aéreos, con enormes y profundas heridas en las ciudades de Europa y de Asia; epidemias, plagas infecciosas en la tierra, y el fondo del mar convertido en cementerio de barcos y material; tumbas por doquier y grandes masas de mutilados. En este dantesco y apocalíptico cuadro, la tarea más evidente de reconstrucción incumbe a los constructores, a los agricultores y a los cirujanos, para la restauración física de ciudades, tierras y hombres en ruinas. ¿Podríamos valorar todas estas apocalípticas pérdidas? No. Pero todavía hay más: de los que fueron a la lucha para no volver jamás, muchos de ellos hubieran sido los conductores del mundo de la postguerra, y su falta es sensiblemente lamentable tanto cualitativa como cuantitativamente; no en vano el hombre tiene un valor capital—aunque para los rusos no sea así—, pues su formación cuesta a toda nación una inversión de riqueza. Además, la muerte de un hombre acarrea casi siempre la baja de otras vidas familiares, que deben tenerse también en cuenta. Otro vacío, que afecta a la población masculina y a la femenina, es la legión de los que no nacieron, y cuyo número puede ser aún mayor que el de los muertos.

Con todo, la más grave destrucción producida por la guerra no estriba precisamente en las ruinas visibles ni en el vacío apreciable de las generaciones, sino que también, como pérdida de riqueza, debe considerarse la falta de ganancias ciertas en la producción, que, al no contraerse, dejan de dar el rendimiento que hubiesen dado en tiempos normales. Sabido es que al transformarse para la guerra todo el aparato económico, político y psicológico de las naciones beligerantes, surgen enormes indus-

trias bélicas; los cauces habituales del comercio resultan bloqueados, y la corriente de productos comerciales circula a través de rutas desacostumbradas, siempre más largas y antieconómicas. Por otra parte, millones de hombres que han pasado años en las fuerzas armadas, ya no son aceptables para las tareas de la vida civil; otros se han desplazado a las industrias de guerra, en las que después no hay demanda para sus servicios. Con respecto a la maquinaria, ocurre algo parecido: que de especializadas para fines "de guerra, no son fácilmente convertibles para la producción de *bienes económicos* de paz. En fin: he aquí el coste real de la guerra: el apartamiento o alejamiento de su cauce natural de una gran proporción de recursos económicos, para conseguir el más caro y, frecuentemente, el más perturbador de todos los artículos: *la victoria*.

Después de lo dicho, ¿cree el lector que hemos terminado de enumerar las pérdidas que la guerra trae consigo? Nada de eso: todavía hay muchas más, e importantísimas. No es sólo el *capital material* lo que se ha perdido y tiene que ser rehecho: la guerra daña tanto a éste como al *psicológico*, que rebaja el valor de las inteligencias y voluntades humanas. Como dice el gran economista K. E. Boulding, "la guerra tiende también a destruir los sutiles valores morales, que son sostén invisible de toda vida económica". Esta verdad tangible se produce tanto en los pueblos vencedores como en los vencidos, aunque más acentuado en estos últimos, quizá por la apatía de un pueblo fatigado por la lucha, donde los enormes sacrificios de la guerra parecen haber sido estériles. Porque lo estamos padeciendo, sabemos que la intervención oficial y la inflación son fenómenos económicos que acompañan a todas las conflagraciones, y, merced a estas críticas situaciones, gentes sin conciencia obtienen grandes beneficios, surgiendo esa casta social de "nuevos ricos" que actúan sin freno y sin escrúpulos. El hombre honrado se ve desplazado, arrinconado y envuelto en una maraña que le ahoga; por todas partes tropieza con desleales que conocen no sólo el "mercado negro", sino también muy bien el "mercado negro de las influencias..."; todo es cótizable, todo se prostituye, y por ello no es extraño que la tentación de prevaricar, de abusar del po-

der, del puesto que se ocupa, vaya en aumento. En definitiva: la estructura moral de la sociedad se debilita; se forjan *conciencias de circunstancias*, como si la idea del bien o el mal pudiera variarse según los tiempos... ¿Podríamos evaluar la pérdida de todo este gran capital psicológico? No hay bastante oro en la Tierra para valorarlo.

Hermosa y resplandeciente es la gloria lograda en la guerra; pero no debe olvidarse que sólo a costa de grandes sacrificios y costosísimas pérdidas materiales y espirituales, como los descritos, se ciñe la corona de laurel de la victoria, o se soporta el pesado dolor de la derrota, convirtiendo la existencia de estos pueblos en una terrible penitencia.

No deberíamos olvidar la histórica frase de Pirro, rey del Epiro, después de su triunfo en Asculum: "Otra victoria más como ésta, y me pierdo."

Vemos, después de lo expuesto, lo difícil que es expresar con guarismos el costo de una guerra moderna. ¿No es verdad que si se tuvieran presente estas siniestras desdichas, antes de lanzarse a una guerra, los esfuerzos para evitarla serían mucho mayores?

Indudablemente, si de todo este consumo de riqueza se empleara solamente una ínfima parte en llevar a efecto prácticamente aquella célebre frase: "Si quieres paz, prepárate para la guerra", otro gallo nos cantara... No ha mucho se publicaron en la prensa unas lamentaciones del gran estadista inglés mister Churchill, que decía: "Si los Estados Unidos hubieran estado preparados para la guerra en vez de practicar el aislacionismo, hubieran evitado las dos guerras últimas..." Creo que mister Churchill tiene razón; y sin duda por eso, parece ser que los Estados Unidos se están dando cuenta que si bien la gue-

rra terminó, no fué para traer la paz, sino un armisticio: un "¡Alto el fuego!", que se reanuda si las democracias no se avienen a gastar una pequeñísima parte de su riqueza para prestigiar su poder y mantener el equilibrio internacional que la paz del mundo necesita, con un excelente y bien dotado Ejército de Tierra, Mar y Aire, en vez de arrojar los tesoros que sus productivas tierras encierran, siempre pródigas al hombre, en el abismo infernal de la guerra moderna.

No quisiéramos se interpretaran estas líneas como un alegato pacifista, ni mucho menos derrotista. Sólo nos ha guiado al hacerlo el recuerdo de aquellos llamamientos de paz que nuestro invicto Generalísimo hizo días antes de estallar la conflagración mundial en el año 1939, apelando al buen sentido y concordia de las naciones para que comprendieran lo mucho que se pierde en una guerra. Sabemos que muchos simplistas nos saldrán al paso para decirnos que las guerras son inevitables; la guerra será inevitable para el que se encuentre obligado a aceptarla; pero no para el agresor que la provoca, y no queremos decir con esto que si un pueblo se ve atacado no se debe defender. Ciertamente, todos los pueblos tienen derecho de defensa; y todos demasiado sabemos que cuando la Patria pelagra y la nación lo exige, hay que jugarse el todo por el todo, hay que tirar la casa por la ventana, como vulgarmente se dice, pues más vale un sacrificio a tiempo que sumirse en el derrotismo para acabar en la esclavitud. Por eso la guerra de cruzada, como la nuestra, fué indiscutible y forzosamente necesaria, y todo sacrificio fué poco para ganarla, motivo por el cual es necesario que nuestro Ejército esté alerta—"Si vis pacem para bellum"—para que *nadie* nos arrebatte nuestra ansiada y bien ganada paz.

